

Muy bueno

I

TRAYECTORIA DE UN PROYECTO

Estamos iniciando una campaña presidencial. Ello significa plantear al país una visión de futuro, un proyecto de sociedad, una perspectiva acerca de la política chilena. Corresponde entonces, explicar el por qué y el cómo se llegó hasta aquí.

Mi propia experiencia

Nací en el Santiago de fines de los treinta, un Santiago que recién se estaba expandiendo desde lo que hoy día conocemos como "el Centro"--donde nació y pasé los primeros años de mi vida en una casona de la calle Catedral--hacia el Oriente, incluyendo la comuna de Nuñoa, a donde pronto nos trasladó mi madre, a una casa de la calle Manuel Montt, donde pasé casi toda mi infancia y adolescencia, y donde mi madre vive hasta el día de hoy. Hijo único de un hogar típico de la clase media chilena--mi padre, Froilán Lagos, fue un agricultor de La Florida que falleció al tener yo ocho años, y mi madre, Ema Escobar, una mujer de gran temple, de una familia con muchos miembros en el Partido Radical. De hecho, de los primeros recuerdos del acontecer político que se han quedado en mi memoria es el de un traslado familiar desde la casa de Manuel Montt al departamento de un tío en la Avenida Bulnes para observar desde los ventanales un acto político con que cerraba una gira a provincias del entonces candidato presidencial Gabriel González Videla.

Aún antes de ello, sin embargo, recuerdo referencias a que el país estaba "en guerra", aludiendo a la Segunda Guerra Mundial y a la alianza de la que Chile formó parte--junto a ^{muchos} ~~numerosísimos~~ otros países--para enfrentar al nazismo y al fascismo. Y me costaba mucho comprender que Chile "estaba en guerra" con otros países, en circunstancias que aquí no pasaba nada, o casi nada--racionamiento de electricidad y de algunas otras cosas. Se decía que era por la guerra. Después aprendí que había además otras razones. En adición a nuestra ubicación geográfica finis terrae--^{e/} esa "pararrayo contra el exceso de influencias externas" a que aludía Francisco Encina--Chile además era un país con límites y fronteras económicas muy claras. Teníamos en la práctica una economía cerrada, como la

tenían en alguna medida la mayoría de los países de América Latina. Las dificultades de la guerra hacían muy difícil el comercio exterior, por lo que habían tremendas carencias de los bienes y servicios necesarios para nuestro incipiente desarrollo.

De mi madre aprendí los valores fundamentales del diálogo, de la racionalidad, el pluralismo y la tolerancia. No se cansaba de repetirme que había que mirar el mundo sin anteojeras y que era indispensable tener una mente muy amplia, abierta a todo. Mis tíos, los hermanos de mi madre, también fueron una influencia importante. Mi tía, Fresia Escobar fue la primera alcaldesa de la entonces recién creada comuna de La Granja, demostrándome con su ejemplo que las mujeres no tienen porque conformarse con los roles tradicionales que les asigna la sociedad. Mi tío Ernesto Escobar, quien fuese diputado por el Partido Liberal, me abrió los ojos a la política chilena de la primera mitad de este siglo.

Me llevaba todos los 21 de mayo a las sesiones del Congreso Pleno en que los Presidentes daban su mensaje al país, y a través de él personajes como Ernesto Barros Jarpa, Manuel Rivas Vicuña, Arturo Alessandri Palma y Carlos Ibáñez del Campo cobraban vida--en su grandeza y en sus "diabluras". Mi tío Ernesto era un apasionado de los problemas limítrofes de Chile, llegando a la casa con mapas que extendía sobre la mesa del comedor y teniendo ~~apasionadas~~ discusiones sobre el tema con sus colegas parlamentarios.

Aparentemente, no era considerado un niño muy agraciado ("pero si parece un mono del zoológico", me cuenta mi madre que exclamó cuando me vio después de nacido, por lo feo y flacuchento), algo que contrastaba con muchos de mis primos, y especialmente mi prima Frida Con Escobar, quien posteriormente sería una connotada pianista. Y no sé si para compensar mi desgarbo, mi madre y *mis tías* dedicaron ingentes esfuerzos a mi aprendizaje, a tal punto que me enseñaron a leer antes de entrar al colegio.

Y después de completar las preparatorias en el Liceo Manuel de Salas, pasé al Instituto Nacional, donde cursé las humanidades--como de llamaba entonces a la enseñanza media. La experiencia institutana me marcó en muchos aspectos. Por su ubicación (en Arturo Prat, San Diego y Alameda) atraía a alumnos de los cuatro

puntos cardinales de Santiago: del llamado Barrio Alto y de la Estación Central, de Independencia y de Gran Avenida. Era un microcosmos de la sociedad chilena y tal vez la mejor escuela que se podía tener para entender lo que es vivir en una sociedad muy diferenciada. Mi mejor amigo era el "Negro"Marín, que también era de Nuñoa, pero en la sala de clases todos éramos iguales. Y todos pasábamos el mismo frío. Mis primeras peleas las tuve frente al Cerro Santa Lucía, aunque "los combos" nunca fueron mi fuerte, ni tampoco el fútbol, en que en el tradicional "chuteo" previo a las pichangas siempre me dejaban para el final.

Fue en el Instituto Nacional en que me tocó conocer el Presidente Aylwin, entonces profesor de economía política en sexto año de humanidades. Y recuerdo que en la fiesta de fin de año, se resistía enormemente a hacer algún acto de variedad frente a todos los alumnos, como era tradición que hicieran los profesores. Ante la insistencia nuestra que rompiera su tradicional seriedad, finalmente dijo, "Está bien, pero voy a hacer lo único que sé hacer". Y nos dio un discurso.

La decisión de estudiar Derecho fue casi por descarte. El no saberse "muy bueno" para las matemáticas o no tener mucha inclinación por la biología, hacía que ingeniería o medicina quedaran prácticamente descartadas. Aparte de arquitectura y agronomía y un par mas, no había una concepción clara de otras carreras. De Economía no se sabía demasiado, pese a que cuando egresé en 1954 ya la Escuela de Economía tenía una trayectoria bastante larga.

Y la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile representó una continuidad con la formación laica, de alta exigencia académica y de interés por la cosa pública que había recibido como institutano. En la tradición familiar, *ingresé* al Partido Radical--en este caso en el Grupo Universitario Radical (GUR), coincidiendo en ello con compañeros de estudios como Genaro Arriagada, Jorge Arrate y Aníbal Palma. Y fue en la Escuela de Derecho que hice mis primeras armas en política--mi primer discurso fue a los 18 años en un acto de homenaje al ex-presidente de Guatemala, Juan José Arévalo; no ayudó a calmar mis nervios que quien me precedió en el podio fue Salvador Allende. Después, como presidente del Centro de Alumnos de la Escuela de Derecho me correspondió moderar un foro entre cuatro de los candidatos a la presidencia de la República en

las elecciones de 1958--el mismo Salvador Allende, Eduardo Frei, Jorge Alessandri y Luis Bossay. Con todo, mi interés primordial estaba en la labor académica.

En las clases de don Alberto Baltra comencé a adentrarme en lo que ^eme pareció el fascinante mundo de la economía, siendo después ayudante de él y partiendo a hacer mis estudios de postgrado en esa disciplina en la Universidad de Duke en los Estados Unidos en 1961. Fue en ese pueblito de Durham, Carolina del Norte, donde está Duke, ^y donde mi obligación fundamental era leer todo el día, que me familiaricé con las concepciones macroeconómicas de la época, la revolución keynesiana--que se encontraba en pleno apogeo-- y la presidencia de John Kennedy. Fue en medio de los bosques de Carolina del Norte, más que en Pío Nono con Bellavista--en las aulas de la Escuela de Derecho--que comencé a descubrir el mundo y a mirarlo con otros ojos. Esa hemeroteca en la cual uno se podía pasear por lo que me parecían eran todos los diarios del mundo--incluyendo (aunque con bastante retraso) El Mercurio, La Nación de Buenos Aires, El Comercio de Lima y Excelsior de Mexico.

Sin embargo, fue sobre todo el leer el New York Times, Le Monde o The Times de Londres lo que comienza a darme una percepción muy distinta del acontecer mundial. A ratos se me hacía difícil pasar de leer estos diarios a los libros de Keynes, Samuelson y John Kenneth Galbraith que se suponía debían constituir mi nutrición intelectual primordial. Pero así fui aprendiendo a mirar a Chile desde fuera de ~~Chile~~. Por una parte, me di cuenta de lo cierto de la frase de Benjamín Subercaseaux, de que hasta entonces los chilenos habíamos vivido "con la inconciencia propia de aquellos pueblos que poco o nada tienen que ver con el ajetreo del mundo". Empecé a percibir lo que era este pequeño país en un mundo que cambiaba vertiginosamente. Y noto que la forma que tenemos de mirar los problemas públicos está tremendamente anclada en Chile y que nos cuesta mucho mirar a Chile desde fuera.

El descubrir muy temprano que en último término el desarrollo de un país está inserto en el desarrollo del planeta del cual forma parte fue en ese sentido fundamental para mí. Hoy es un lugar común el decir que en el siglo XXI viviremos en un mundo sin fronteras. Sin embargo, en el Chile de 1960 había fronteras y muy importantes, particularmente en lo económico. El cambio que se

ha producido en la forma de entender los problemas nacionales es esencialmente uno del paso de ese Chile con fronteras a un Chile parte de un mundo globalizado.

Un mundo de certezas

Letras apr. Escrito del capítulo III

En todo caso, era un mundo de grandes certezas en las ciencias sociales. Y éstas, dentro de las cuales la economía era la más desarrollada, habían generado un arsenal de instrumentos tremendamente valiosos que permitían mirar el futuro con mucho optimismo. Los economistas, a partir de la impresión de haber logrado manejar las variables macroeconómicas básicas a través de la política keynesiana, descubren que también es posible incidir en los factores determinantes del desarrollo de un país. Toda la teoría del desarrollo que comienza a manifestarse en los trabajos de Roy Harrod y Domar y se plasma posteriormente en la obra de Ragner Nurkse, Simon Kuznets, Hans Singer, Albert Hirschmann y Paul Rosenstein Rodin y, en América Latina, en la de Raúl Prebisch, Celso Furtado y Aníbal Pinto apuntaba en esa dirección.

El mítico porcentaje de la inversión en relación al producto subrayado por Walt Rostow parecía la clave para iniciar el despegue. Sin embargo, no se trataba sólo de tasas de crecimiento, sino que también de problemas estructurales. No podía haber desarrollo si no había igualdad. En 1961 el posteriormente Premio Nobel de Economía Simón Kuznets, en su discurso presidencial ante la Asociación de Economistas de los Estados Unidos "demostró" cómo, en la medida en que un país se desarrollaba, las propias fuerzas del desarrollo generaban condiciones que conducían a la igualdad. Este edificio teórico fue coronado por el politólogo Seymour Martin Lipset, quien, en *El hombre político* planteó que, a medida que aumentábamos el ingreso per cápita, íbamos consolidando los sistemas democráticos--proceso que encontraba su máxima expresión en los países de mas alto ingreso y, concomitantemente, mayor grado de solidez democrática.

Nos educamos, entonces, en un mundo en que creíamos saber cómo desarrollarnos; teníamos la certeza de que más desarrollo aseguraba mayor igualdad y que la igualdad conducía a la democracia política. Era un mundo en el cual partíamos de economías cerradas, compartimentalizadas, en el cual se sostenía que todo país dependía fundamentalmente del manejo del Banco Central. La

política monetaria era el alma de la autonomía de los países y de la soberanía de los pueblos y ésta no se podía entregar. ¿Qué queda hoy de esa afirmación cuando países poderosos tiemblan ante las medidas del Bundesbank sobre la tasa de interés ?

Hoy estamos en una etapa en que, a partir de nuestra experiencia pasada, hemos perdido la fe en los grandes modelos, no queremos el conflicto, y buscamos los consensos. En los sesenta era tal la certeza en nuestras verdades que buscábamos su afirmación negando el consenso porque, por definición, no podía haber acuerdo con aquellos que estaban en el error. Y esto se dio en Chile con particular nitidez.

La élite política chilena, ante la incapacidad de que el país creciese rápidamente para satisfacer las demandas de los sectores que se incorporaban a la economía de mercado--y que hacen mas demandas, porque el sistema democrático implica eso--comenzó a dar respuestas cada vez mas ideologizadas. Hubo un primer intento en el gobierno de Jorge Alessandri; después en el gobierno de Eduardo Frei. Cuando el Presidente Frei, aún candidato, dijo "ni por un millón de votos cambio una coma en el programa" estaba expresando esa profunda ideologización. Y una vez electo Presidente Eduardo Frei, un senador del Partido Socialista dijo "le negaremos la sal y el agua". Esa concepción ideologizada, naturalmente, se acentuó aún más durante el gobierno de la Unidad Popular y bajo el régimen militar. En materia de política económica, por ejemplo, todos los que discrepábamos de las medidas que tomaba el gobierno éramos calificados de gasfiteres, o de ignorantes o de gente de mala fe.

¿Por qué perdimos la democracia en Chile? Creo que en último término, y más allá de los elementos de coyuntura, porque en materia de políticas públicas había un enfrentamiento de certezas más que de propuestas. Hoy hemos aprendido que debemos tener mucho más humildad. Precisamente por la incapacidad de tener una propuesta económica unívoca, y por las dificultades que hemos encontrado para derrotar la pobreza. Ya hemos descubierto que el supuesto "chorreo" de los sectores de mas altos ingresos no la resuelve, así como que no basta un nivel de desarrollo elevado para garantizar el sistema democrático. Al contrario, vemos que la democracia es un valor que debe cuidarse permanentemente y que aún en

países económicamente muy avanzados el ejercicio real de la democracia no está garantizada. Para preservar el sistema democrático lo que se necesita es desarrollar una cultura, un modo de ser, una práctica cotidiana.

En ese sentido mi experiencia profesional en la Universidad de Chile al volver de Duke--como investigador y director del Instituto de Economía, primero, y como director de la Escuela de Ciencias Políticas y Administrativas después--fue muy importante. Estos años en parte coincidieron con los de la reforma universitaria. En la Escuela de Derecho, donde me reintegré en la cátedra paralela a la de quien había sido mi maestro y mentor, don Alberto Baltra--el entonces Decano, don Eugenio Velasco, había iniciado un ambicioso programa de reforma para incorporar las ciencias sociales al curriculum y fomentar la investigación. En la Facultad de Economía, por otra parte, estaba de Decano don Carlos Massad (quien me contrató originalmente a mi retorno de los Estados Unidos) y después Edgardo Boeninger, que también era Director de Presupuesto del gobierno del Presidente Frei.

En todo caso, estuve entre los partidarios decididos de la reforma universitaria, siendo electo en 1969 Secretario General, en una elección en que Edgardo Boeninger fue electo Rector (Edgardo Boeninger fue electo representando a una coalición de la democracia cristiana con la derecha; en mi caso, recibí el apoyo de las fuerzas de izquierda en conjunción con una agrupación de académicos independientes que dirigía el doctor. (.....) Vargas. En la disputa por la rectoría, pasaron a la segunda vuelta Edgardo Boeninger y Alfredo Jadresic, por la lista nuestra, mientras que en aquella por la secretaría general lo hicimos el suscrito y el profesor Octavio Maira. Pese a provenir de listas distintas, pudimos colaborar en forma efectiva en el ejercicio de nuestras responsabilidades con Edgardo Boeninger, pareciendo refrendar que la experiencia de las segundas vueltas en Chile no necesariamente ha generado grandes dificultades)--(en nota al calce). Las tareas de la Universidad de Chile y el proceso de reforma, sin embargo, estaban fuertemente influidos por la polarización que se estaba gestando en la sociedad chilena.

Esta polarización es la que fue generando visiones muy distintas, expresadas en la de la derecha que se configuró en el momento del triunfo de

Jorge Alessandri, la del centro, plasmada en la victoria demócratacristiana de Eduardo Frei y la de la izquierda, que se tradujo en la elección de Salvador Allende. En apenas 14 años este pequeño país se encarnaron tres experiencias tan distintas, que no reflejaban sino una sociedad en crisis que buscaba respuesta a las soluciones globales detrás de cada una de estas postulaciones. En definitiva, la democracia chilena se quebró como resultado de la confrontación entre visiones tan globalizantes, cada una de las cuales tuvo su oportunidad y cada una de las cuales en definitiva fracasó, si entendemos por fracaso el que las coaliciones que las respaldaban no fueron capaces de generar gobiernos del mismo signo que le sucedieran en el poder.

Esa dramática experiencia subyace en el trasfondo de muchos de los que nos formamos en esa época, a los veinte o treinta años de edad, y que aprendimos por experiencia propia la necesidad de mirar al mundo y la sociedad con ojos más abiertos, a buscar convergencias, y que la fuerza de las ideas propias debe ser lo suficientemente dúctil como para aceptar también las ideas ajenas. Si a ello unimos una visión de Chile desde una perspectiva más global, podemos visualizar lo que nos llevó a un proceso de profunda reflexión durante los años de la dictadura militar.

Las raíces de una reflexión

Lo que se dio en esos años fue una mutación muy profunda, no sólo en aquellos que proveníamos de la izquierda, sino en todo el mundo y en la sociedad chilena. Ella se origina, por una parte, en un país que entra a participar en una sociedad internacional mucho más abierta, y por otra (y en forma mucho más dramática) en un doloroso aprendizaje de experiencias pasadas que nos obliga a ser mucho más humildes en cuanto a las ideas que sustentamos. Por ello, si bien las ideologías están en retirada, no lo están las ideas, que son las que mueven al ser humano. En último término, lo que ha guiado nuestra acción ha sido el perfeccionamiento de la democracia. Esta sólo es posible en libertad, pero ella por sí sola difícilmente puede ser ejercida en una sociedad de desiguales, donde la inequidad, la ostentación y la riqueza de unos son un privilegio que sólo se explica por la pobreza de otros.

En toda sociedad hay diferencias--de inteligencia, capacidad, dedicación, esfuerzo y trabajo, y ello se expresa en distintas condiciones de vida. Pero las condiciones en que se enfrenta la vida son muy distintas si se nace con una cuchara de plata en la boca o en una cuna humilde. Por ello es que siempre hemos buscado preservar la libertad con grados cada vez mayores de igualdad y, sobre todo, de igualdad de oportunidades. Yo mismo, producto del Liceo Manuel de Salas, del Instituto Nacional y de la Universidad de Chile, y que pude hacer mi postgrado en el extranjero gracias a una beca de la propia Universidad de Chile, me hice un profesional gracias a esa larga tradición chilena de compromiso con una educación pública de excelencia, compromiso que se vio tan debilitado en los años de la dictadura, en que el gasto público en educación bajó de un 4.5% del PIB a un 2.7% del mismo.

El que la libertad y la igualdad no sean valores antinómicos sino que complementarios sea tal vez la gran experiencia de este siglo XX que llega a su fin. Aquellas sociedades que preservaron sólo la libertad constataron que a la larga ella se hacía letra muerta si generaba condiciones de desigualdad muy grandes. Por la otra, imperios que se construyeron sobre la base de la igualdad, que hicieron de ésta su único norte, y que para lograrlo no trepidaron en ahogar la libertad, se derribaron estrepitosamente. Por ello, entonces, que al finalizar este "siglo corto", como ha sido denominado, este elemento tan propio de Chile que es el amor a la libertad, debe ir unido a una mayor dosis de igualdad. Y en la medida en que nos demos cuenta que vivimos en una sociedad donde las diferencias son tan grandes, tan marcadas por la cuna en que se nace y en dónde la pobreza no es sólo un problema ético sino que además un tremendo obstáculo para insertar al país en un mundo sin fronteras, podemos entender los enormes logros de lo que ha sido la transición a la democracia y el gran reto que impone la construcción de un Chile cualitativamente mejor.

La renovación de la izquierda

El golpe militar sacudió los cimientos mismos de la sociedad chilena. No hay otra experiencia en nuestra historia que haya causado un corte más profundo y que haya generado heridas más hondas que las que se producen con el advenimiento del general Pinochet. Este corte también se produjo en lo personal.

Siempre entendí que mi vocación principal era la investigación científica y la vida universitaria. Mi interés en la cosa pública había estado siempre enmarcado dentro de esa óptica. Sin embargo, el golpe significó la separación de la universidad y la necesidad de dejar Chile.

Y aunque afortunadamente no me ocurrió nada grave personalmente ni a mi familia, ello no pasó con muchos de los que me rodeaban. En ese entonces era el Secretario General de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, un organismo académico internacional. Dos de nuestros estudiantes de post-grado, "Chichi" Rio e Ignacio Soto, que pertenecían al MIR boliviano (hoy partido de gobierno, con el apoyo del general Banzer) fueron ejecutados por los militares. Y en una ocasión en que los militares se apersonaron en nuestra sede de José Miguel Infante con Providencia tuve que sacar la bandera de las Naciones Unidas para detenerlos y convencerlos que éramos un organismo internacional con inmunidad de jurisdicción. Un caso notable fue el de José Serra, el eminente economista brasileño, hoy diputado por Sao Paulo y uno de los principales líderes políticos del Brasil. Con un pasaporte italiano obtenido pocas semanas antes del golpe, había logrado subir a un avión en Pudahuel, de dónde fue desembarcado por los militares. Llevado al Estadio Nacional, se las arregló para convencer al oficial de turno que esto era todo un error, y que lo dejara irse con la promesa de volver al día siguiente--probablemente la única persona en lograr tamaña hazaña. Después de ello se asiló en la Embajada de Italia, donde estuvo ocho meses antes de poder salir del país.

En todo caso, me quedó claro que difícilmente podría permanecer en Chile y me aboqué de inmediato a buscar mecanismos que me permitieran instalarme en el exterior. Fue así que abrimos una oficina en Buenos Aires, y luego FLACSO continuó expandiéndose, llegando a convertirse en un organismo permanente de las ciencias sociales en América Latina, con sedes en México, Costa Rica, Ecuador, Brasil, Bolivia, Argentina y en el propio Chile, donde logró sortear con éxito las vicisitudes del régimen militar. En Buenos Aires me correspondió conocer al General Prats--e incluso a transmitirle un recado que me dieron en Santiago que su asesinato estaba en preparación. El general Prats me dijo que ya había recibido múltiples amenazas, y que todo lo que quería hacer era salir de Argentina rumbo a Brasil, pero que no lo podía hacer sin pasaporte. Me contó que estaba escribiendo

sus memorias, y surgieron las comparaciones con el libro del general portugués Antonio Spínola, "Portugal y su futuro" .

Tenía una invitación para ir de profesor visitante a la Universidad de Carolina del Norte, en Chapel Hill, extendida por mi buen amigo el profesor Federico Gil, la que acepté, partiendo en agosto de 1974 a los Estados Unidos. Fue allí que, a las pocas semanas me enteré del brutal asesinato del general Prats y su señora, y a los pocos días recibí una carta póstuma del general Prats diciéndome que me enviaría sus memorias. Y aunque tenía una oferta para enseñar en la Universidad de Texas, Austin, Luisa, mi mujer, y yo decidimos volver a América Latina--a Buenos Aires primero, en 1975, en que hice cargo en la UNESCO de un proyecto destinado a desarrollar las ciencias sociales en la región, y después a Santiago, con la Organización Internacional del Trabajo.

Al volver al terruño, dos actividades fueron particularmente importantes. Una fue la creación de un taller de investigación denominado VECTOR, dedicado al análisis económico-social de la realidad chilena, lo que hacía en mi tiempo libre. Recuerdo que constituimos un taller de seguimiento de la coyuntura económica en donde participaban algunos alumnos y alumnas muy distinguidas de la Escuela de Economía de la Universidad de Chile. Con una de ellas, hoy una eminente profesora de la casa de Bello, me encontré en CEPAL y no me contestó el saludo en repetidas oportunidades. Después me dijo "No debemos saludarnos porque no hay ninguna razón para que nos conozcamos". Para ella ese taller que sesionaba todos los lunes de 6 a 9 de la noche era una actividad peligrosa. Allí comprendí que había una forma distinta de entender a Chile entre esos jóvenes que se habían formado en la dictadura y los que con algunos años mas no lograban adaptarse o no aceptaban una situación en la que había riesgos evidentes.

Fue también entre 1979 y 1980 cuando surge la iniciativa de la convergencia socialista, primer germen de la renovación socialista. En 1980 produjimos un primer manifiesto, planteando la necesidad de una revisión profunda del pensamiento socialista, buscando esferas mas claras de libertad y de igualdad. Esta experiencia fue producto del tremendo cambio en la izquierda chilena de esos años. Ningún otro sector político experimentó un cambio tan profundo--estamos hablando de 1980-1982--aunque se trataba de una actividad estrictamente teórica

e interna. Esto no se hacia para consumo público, en primer lugar porque no se sabia si ello era posible dadas las condiciones bajo la dictadura, y en segundo lugar porque nadie estaba interesado en hacerlo. El debate era con nosotros mismos.

Recuerdo, por ejemplo, debates muy intensos en los que poco a poco se fue abriendo paso la idea de tener un sistema financiero privado, desplazando la noción dominante hasta ese momento de una banca absolutamente estatal. Diez años después, en reuniones empresariales y ante expresiones periodísticas calificandome de "lobo con piel de oveja" ("Lo de si es o no lobo, lo sabremos cuando llegue a casa de la abuelita..en todo caso oveja no parece" fue como inició una entrevista Rosario Guzmán) en que se cuestiona la sinceridad de ese proceso, no puedo menos que pensar en esos debates semi-clandestinos generados por un convencimiento muy profundo de que era necesario revisar ciertas concepciones.

Y esos debates fueron muy intensos. No sé si las actas de esas reuniones mensuales, y que duraban de tres de la tarde a las nueve de la noche y de las cuales llevaba minuciosa cuenta Germán Correa, y en donde Enzo Faletto era el participante mas entusiasta, se habrán conservado. Pero lo cierto es que durante mas de un año hubo un análisis pormenorizado del pensamiento socialista y su evolución, un anticipo de lo que se produce en Polonia con Solidaridad, y, por cierto, muy anterior a los cambios que se dan casi diez años después en Europa del Este . La experiencia bajo la dictadura implicó una enorme revalorización de la democracia en Chile y por otra parte, los cambios que estaban teniendo lugar en el mundo abrieron las puertas a otra manera de entender el desarrollo económico.

Nos dimos cuenta que el Chile de los 40 y 50 era completamente distinto al de los ochenta y al que podíamos esperar en los noventa y que de una situación de cuasi-autarquía entrábamos a una situación en la cual los bienes y servicios que produjésemos tenían que ser tan buenos o mejores que los de otras latitudes--si queríamos tener alguna posibilidad de progresar en un mundo cada vez mas globalizado y competitivo. Lo que pasa a interesarnos es cómo construir un socialismo que mire al siglo XXI, con modernidad, eficiencia y eficacia. Concluimos que sólo un sistema de esa indole podía consolidar un sistema democrático.

Entendíamos que Chile necesitaba cambios y cambios profundos, pero que esos cambios no podían traer traumas ni desórdenes para la mayoría de los chilenos.

Y fue este viraje brutal que se dio en Chile y en el mundo en relación a la época en la cual fuimos estudiantes universitarios que explica el cambio en el modo de pensar de la gente de izquierda. Ese cambio también se ha dado en otros sectores políticos. La actividad de la CORFO, la intervención del Estado en la economía, el proteccionismo tarifario o arancelario para la industria y mantención de lo que eran de hecho fronteras económicas cerradas eran datos de la realidad aceptados como tales tanto por un Jorge Alessandri, un Eduardo Frei y un Salvador Allende. Cuando se dice "ustedes han cambiando", la respuesta es "Lo que ha cambiado es el mundo". Y cambió como resultado del avance de la tecnología, de la transformación de las sistemas productivos, de los valores de las sociedades y de la forma en que el hombre se relaciona con su entorno.

Lo que sería increíble es que, dadas estas profundas mutaciones--en parte identificadas por Robert Keohane y Joseph Nye en sus libros Transnational Relations and World Politics (1970) y Power and Interdependence (1977)--se pensara exactamente igual que veinte años atrás. Algunos siguen apegados a los fantasmas de los sesenta y no perciben que estamos más preocupados de los noventa. Ello no significa que los factores motrices de las ideas que se han tenido no sigan siendo las mismas: un país más democrático, más libertario y más igualitario.

Enfrentando a la dictadura

Al volver a Chile había tomado contacto con distintos sectores políticos. Mis primeras reuniones tienen lugar con grupos de la izquierda y de la Democracia Cristiana, en el caso de esta última más bien en la esfera técnica. Alejandro Foxley, Ricardo Ffrench-Davis y la gente que se agrupaba en torno a ellos en la Corporación de Investigaciones Económicas para América Latina (CIEPLAN) jugaban un papel muy importante. El análisis de los problemas económicos había pasado a ser un tema de debate permanente dentro de la oposición de entonces--algo demostrado en la enorme cantidad de publicaciones que se materializa. Y, cuando muchos años después se plantea la posibilidad de un gobierno de la

Concertación, los que elaboramos su programa habíamos venido conversando sobre sus temas principales desde hacía muchos años antes; una conversación en cierto modo acicateada por el desafío de la dictadura y por la necesidad de que los que teníamos un compromiso común con la democracia nos entendiéramos para volver a hacerla posible. Los que señalaban que era imposible el trabajo conjunto entre la izquierda y la democracia cristiana, sólo revelaban que no habían comprendido la profundidad del cambio que se había dado en estos conglomerados.

¿Ambos de Tiempo? ¿Vasol?

Dentro de los sectores socialistas, percibí la diáspora que se había dado a partir de la división de 1979. Sin querer queriendo, planteo mi discrepancia ante esa situación y la necesidad de buscar la unidad. Por esta actitud de neutralidad ante los bandos en pugna, a mí y al resto de los partidarios de ella, se nos denominó los "suizos". Y a partir de ese momento nos comprometimos con el desarrollo de mecanismos que posibilitasen esa unidad. Un avance importante en ese proceso lo representó la llegada de Ricardo Núñez, llevando a la formación de lo que se conoció como "el PS -Núñez". Este proceso culmina en 1982 con la formación de un llamado Comité de Unidad, embrión que desembocaría en la unificación de un sector muy importante de los socialistas.

Junto a ello se hace indispensable el ampliar el entendimiento con los sectores democráticos para enfrentar la dictadura. La búsqueda de un acuerdo con la democracia cristiana pasa a ser un elemento clave en esta estrategia. Andrés Zaldivar había sido expulsado del país, y Tomás Reyes, primero, y Gabriel Valdés, después, pasan a ser sus dirigentes más visibles. Con Gabriel tenemos una amistad de muchos años, desde la época en que él estuvo a cargo del PNUD y yo trabajé en Naciones Unidas. Primero se formuló un llamado Manifiesto Democrático y luego, en base a él, la Alianza Democrática. Este fue el primer esfuerzo serio por construir un frente opositor común contra la dictadura.

Participaron en él cinco grandes conglomerados : el socialista, la DC, el Partido Radical, el Partido Social Demócrata y el Partido Republicano encabezado por Hugo Zepeda y Armando Jaramillo. Y a raíz de ello, el otro sector socialista, el almeydista, junto al Partido Comunista, crean el Movimiento Democrático Popular (MDP). Y a partir de este momento, toda la lucha política por restablecer la democracia tiene lugar desde estos dos polos. El PC se negaba a adoptar formas

distintas a las de la lucha armada que habían adoptado para combatir a la dictadura, y la DC se negaba a trabajar con el PC si éstos no cambiaban su política. El que hubiese un sector socialista, del cual yo formaba parte, en la Alianza Democrática y otro integrado con los comunistas en el MDP, lo que hizo más difícil el entendimiento de todas las fuerzas democráticas frente a Pinochet; en ese sentido, la división del socialismo afectó al restablecimiento de la democracia.

El momento decisivo del paso que una revista posteriormente, en forma algo distorsionada, calificaría como "de los claustros universitarios a la pedagogía de las masas" se produjo en diciembre de 1983. La presidencia de la AD le correspondía al PS, y en una reunión de la directiva se me plantea que sea yo quien lo haga. Ello implicaba dejar mi trabajo en las Naciones Unidas y entrar en en alguna medida en una terra incognita. Significaba también probablemente dificultades para mi familia--mi mujer, mis hijos y mi madre. En esa época una gran cantidad de los que pensaban como yo estaban fuera Chile, imposibilitados de volver a su patria, y me pareció que tenía que aceptar. Y a partir de allí comenzó una tarea distinta :el aglutinar a un conjunto de fuerzas lo suficientemente amplias como para enfrentar al general Pinochet. 1983 y 1984 fueron años difíciles; en 1984 me tocó presidir la AD por segunda vez. El general Pinochet decretó el estado de sitio. Prohibió que nuestras declaraciones y actuaciones apareciesen en la prensa.

En 1985, el Cardenal, Monseñor Francisco Fresno, invitó a todos los sectores políticos a formar un acuerdo nacional. Por primera vez sectores que habían sido partidarios del general Pinochet participan en un acuerdo de este tipo. Con este nuevo espacio, 1986 fue un año difícil. Fue el último año en que se pensó que era posible producir un cambio de régimen sin aceptar el itinerario de la dictadura. El atentado contra Pinochet, por una parte, el estado de sitio consiguiente, y el rechazo que un acto de violencia como ése tuvo en vastos sectores de opinión significó el fin de esa etapa. A fines de 1986 la única vía que quedaba era entender el camino que había trazado el general Pinochet, enfrentarlo en él y derrotarlo utilizando los propios parámetros que él había fijado para perpetuarse en el poder.

En enero de 1987, luego de estar en la cárcel durante tres semanas como resultado del atentado al general Pinochet--que me pareció como estar preso por la explosión del Discovery--, formulé un llamado para que todos los partidos incribiéramos a uno solo, en el marco de la ley de partidos políticos que había dictado el régimen--el Partido por la Democracia, que permitiera a todos enfrentar a la dictadura. Este llamado no tuvo éxito. Recuerdo haber conversado en junio de 1987 con el entonces candidato a presidente de la DC, Patricio Aylwin, quien me dijo que él coincidía con mi planteamiento, pero que prefería incribir al PDC como un primer paso, siempre y cuando se cambiara la ley de partidos políticos. Si ello no se hacía, pensaba que había que inscribir un solo gran partido para enfrentar al general Pinochet. Una vez electo presidente de la DC, sin embargo, se le hizo difícil dejar de continuar los trámites necesarios para completar la inscripción de su partido. En ese momento comprendí que si la DC se inscribía, era indispensable que las otras fuerzas políticas tuviéramos también un partido bajo el cual protegernos.

En cierto modo, el Partido por la Democracia (PPD), a cuya inscripción llamamos en diciembre de 1987, representaba la esperanza de tener una amplia convocatoria en sectores muy variados. Pero la inscripción de la DC, por una parte, y el boicot que a esa iniciativa plantearon el PC y el PS-Almeyda, derterminaron que aquello no fuese todo lo posible que hubiésemos deseado.

La salida final

En alguna medida, el que la DC, por uan parte, y el PC, por otra, dijeran que no, decidieron el ámbito del PPD--una de las experiencias políticas mas exitosas de este período. La intención nuestra era convocar a un partido que diese respuesta a una definición vital : mantener la dictadura o restablecer la democracia. Dentro de la campaña de elecciones libres, el partido buscaba ser el instrumento para la defensa del voto de los chilenos. En todo caso, esos días iniciales no dejaron de ser azarosos. A la conferencia de prensa que habíamos llamado llegaron sólo tres periodistas-- y por parte del PPD estábamos María Maluenda, Armando Jaramillo, Jorge Schaulsohn y yo. Aunque la situación era se había complicado por la negativa de los otros partidos a apoyal la creación del

PPD, a la de los periodistas de quiénes integraban la directiva, les fije--"Yo soy el presidente--el resto de la directiva se anunciará el martes'(era un viernes).

La recolección de firmas tampoco se hizo fácil. Aunque comenzamos con bastante ímpetu, a los pocos días los Carabineros adujeron que se necesitaba permiso municipal para poner una mesa en la calle--permiso que naturalmente era imposible de obtener. Recordé entonces mis años de estudiante graduado en Carolina del Norte--un estado "seco", en que estaba prohibido la venta de alcohol en lugares públicos (lo que no significaba que no se tomara; Chapel Hill era conocido como 'Whisky Hill"). El truco que se empleaba era que en los bares la gente llevaba su botella de whisky en una bolsa de papel (el famoso "brown bag"). Recordando un club privado de un amigo cubano en Durham, en que imperaba el "brown bag" y las copetineras que vendían cigarrillos mesa por mesa en unas bandejitas--surgió la idea de salir a la calle con bandejas al cuello, obviando la necesidad de las mesas.

Y entre diciembre de 1987 y marzo de 1988 juntamos mas de 30 mil firmas para inscribirlo legalmente. Al hacerlo, muchos tuvimos la sensación que habíamos dado con la llave para derrotar al general Pinochet.

A poco de inscribirse, la televisión hubo de abrirse a los partidos inscritos, y concurrimos a ella junto a Jorge Schaulsohn y Carolina Tohá, en que emplazamos a la dictadura. Había que perder el miedo, y creo que después de ese momento efectivamente se comenzó a perder. Y para ello, el plebiscito de del 5 de octubre fue el primer paso de la cueca. Sigo pensando que ese plebsicito fue una verdadera gesta épica, en que el pueblo se puso de pie y derrotó al dictador--en parte la consecuencia de la decisión de un grupo de chilenoa para encabezar ese proceso. La percepción de que ése era el único camino que dentro de las características y la realidad de Chile era posible seguir fue la razón por la cual en último término pudo formarse una gran Concertación de Partidos por el NO, antecedente indispensable para la Concertación que daría gobierno a Chile en democracia.

El triunfo en el plebiscito fue el hecho histórico mas importante del Chile de la segunda mitad del siglo XX. Por primera vez una coalición muy amplia de chilenos

chilenos fue capaz de organizarse, perder el miedo, decir que no, contar sus votos e iniciar la transición a la democracia. A partir del plebiscito quedó claro que la coalición que había vencido iba a tener la responsabilidad de conducir la transición a la democracia. Tuvimos también muy claro que era muy difícil que alguien de la izquierda encabezara la transición. Era evidente que probablemente iba a ser alguien de la DC--tal vez su propio presidente, Patricio Aylwin--como efectivamente ocurrió. Por ello fue que a los pocos días anunciamos que no postularía a la candidatura presidencial en 1989.

Lo que nos interesa rescatar aquí es que en este largo sendero que va desde 1980 a 1989, y que culmina en la elección del Presidente Aylwin, los que fuimos adversarios del ayer fuimos confluyendo en torno al ideal democrático. Vamos entendiendo que entre nosotros son mucho más los elementos de unidad que de discrepancia. El peso de los años 50 y 60, con su fuerte lastre de carga ideológica y con las certezas en las verdades de cada uno abre paso a un estilo político radicalmente distinto, en donde se buscan los consensos por sobre los conflictos, los mecanismos de entendimiento por sobre las divergencias y en donde aprendemos al calor de la negociación y los acuerdos. Así, el largo ejercicio de recuperación democrática se debió fundamentalmente a un lento y profundo aprendizaje político; a una nueva forma de entender la política chilena, la democracia y de la necesidad de ampliar coaliciones políticas que den gobierno estable a Chile. Parte de eso se lo debemos a la dictadura.

Es en ese sentido que consideramos que la Concertación es un instrumento vital que debemos preservar. No la vemos meramente como un mecanismo adecuado para dirigir la transición que ahora culmina, sino como un acuerdo a largo plazo entre los partidos que la conforman y que tiene la responsabilidad histórica de dar gobierno pluralista y estable a Chile por largo tiempo. De una coalición para la transición ha devenido en un proyecto a largo plazo para consolidar la democracia, garantizar un desarrollo económico y construir un país cualitativamente diferente. Es por ello que los pasos a dar para que la Concertación se ponga a la altura de estos desafíos son tan importantes.

Después de la transición

Al aceptar una postulación presidencial estamos señalando que ésta tiene que ser en la Concertación, para la Concertación y para que Chile sea gobernado por la Concertación. El éxito del gobierno del Presidente Aylwin en resolver buena parte de los problemas de la transición nos permite mirar con optimismo al futuro y entender que ahora las tareas por delante son distintas. El problema de los derechos humanos, de la subordinación del poder militar ^{a la autoridad civil nacional} al civil, el de un país que vuelve a tener confianza en su economía y en que ésta comienza a crecer y a desarrollarse-- son todas cosas que han sido en gran medida resueltas por el gobierno del Presidente Aylwin.

El debate público ya no se centra en cómo bajar la inflación, cómo aumentar la producción o cómo disminuir el desempleo, por cuanto esas variables están bajo control. Ello es precisamente lo que nos permite plantear una agenda de futuro. Se equivocaron quienes trataron de establecer si estamos mirando hacia la derecha o hacia la izquierda. estamos mirando hacia adelante. Porque conquistamos la libertad y fuimos exitosos en el gobierno de transición, ahora podemos plantear una agenda para el siglo XXI. No podemos contentarnos con administrar lo que logramos. Nos ganamos el derecho de volver a soñar y construir futuro.

Es en torno a estas líneas que se ordenan las ideas expresadas en este pequeño libro, que hemos hecho como un aporte al debate nacional y a las tareas de la Concertación. Sin embargo, su objetivo es llegar a todos los chilenos. Las ideas planteadas en este libro deben entenderse como la lógica continuación de lo que han sido estos tres años de gobierno del Presidente Aylwin.